



27 de junio de 1880

**Enseñanzas que se encuentran
en las palabras de Nuestro Señor :
yo soy la vid y vosotros los sarmientos**

Mis queridas hijas:

Creo que ya os he hablado de esta gran palabra de Nuestro Señor: *Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer*¹. Deseo hablaros de nuevo de ella, para buscar en ella las enseñanzas adecuadas al tiempo presente y también las enseñanzas de perfección. Nuestro Señor dice: *Yo soy la vid, y mi padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no dé fruto, lo quitará; y todo sarmiento que dé fruto, lo podará para que dé más fruto*²».

Esta predicción divina está a punto de cumplirse. Cuando nuestro Señor dijo esto, lo dijo en vista de las persecuciones, pruebas y sufrimientos por los que todos los elegidos deben pasar para purificarse y dar más fruto. Así, en los acontecimientos que se avecinan, los que no den fruto, los que no pertenezcan a Jesucristo, serán rechazados. Los que pertenecen a Jesucristo y dan fruto serán podados, para que den más fruto. Debemos guiarnos por este pensamiento en un momento en que parece que triunfan los impíos y que Dios no se levanta para acallar a sus enemigos.

Nuestro Señor añade: *Os lo digo ahora, antes de que suceda, para que creáis cuando suceda*³. También tenemos que buscar enseñanzas de perfección en estas palabras. Espero que cada una de vosotras esté dando fruto. ¿Qué significa dar fruto? Significa seguir vuestra vocación, hacer las obras, practicar las virtudes. Los frutos que pide Dios, que lee los secretos de los corazones, son frutos de virtud. Por supuesto, las obras vienen después, pero es de los frutos de virtud de donde vienen las obras.

Cuanta más gracia, fe y amor tenemos, más nos parecemos a nuestro Señor Jesucristo, más evangélicas nos volvemos, mayor es nuestro deseo de hacer el bien a las almas, y más hacemos. De los frutos de la virtud proceden los frutos de las obras, que no serían gran cosa si no estuvieran informados por la unión con Dios y por la oración: *Sin mí no podéis hacer nada*.

Las almas que queremos hacer fructificar tienen que ser purificadas no sólo por las pruebas exteriores, sino también por las interiores. A menudo sucede que Dios se manifiesta más a un alma comienza a servirle. Entonces todo es fácil. La oración y la meditación son fáciles. Dios alimenta al alma con leche y miel, porque sólo puede soportar el alimento de los niños. Más tarde, Dios la conduce por caminos más duros, a través de penas, sequedades y pruebas. Entonces sigue más de cerca a Jesucristo hasta el monte del Calvario, donde hay una gran oscuridad.

¹ Jn 15,5

² Jn 15, 1-2

³ Jn 16, 4

Los santos que estaban al pie de la Cruz sentían un gran dolor. Sentían que el mundo había sido redimido, pero sus corazones estaban desgarrados y sumidos en la angustia. Por eso se admite generalmente que, con excepción de la Santísima Virgen, la fe se extinguió en casi todos ellos en el momento en que el Hijo de Dios murió en el mayor abandono.

Se ha dicho que, en ese momento, la fe de la Iglesia, de toda la Iglesia, estaba en el corazón de la Santísima Virgen, para quien nunca hubo desfallecimiento ni debilidad. Pudo haber experimentado oscuridad y grandes sufrimientos. Ni la fe, ni la confianza, ni las virtudes más heroicas ni las virtudes más heroicas tuvieron jamás en ella sombra ni mengua. Al contrario, fue de virtud en virtud, de acto de fe en acto de fe, de acto de resignación en acto de resignación: siempre subió más alto a través de la angustia y el sufrimiento.

Para nosotras, que necesitamos purificarnos, que no tenemos las gracias selectas de la Santísima Virgen, debemos aceptar, en los momentos de oscuridad y sequedad, los sufrimientos interiores enviados por Dios para la purificación de nuestras almas, mientras esperamos los sufrimientos externos que pueden sobrevenirnos, como a otros. En tales momentos, podemos decirnos: «Pero Dios mismo es el viñador de mi alma. Si, después de la suavidad de la primavera, me lleva por el calor del verano y los rigores del invierno, Él sabe lo que tiene que hacer. Es un viñador soberano y muy sabio. Lo principal para mí es permanecer bajo su acción».

Una vez leí en la vida de una santa religiosa, que no ha sido canonizada, que su devoción consistía en intentar poner su alma en manos de Dios para que Él trabajara en ella. Del mismo modo que trabajaba sin resistencia en la labor de costura o bordado que tenía en sus manos, así procuraba poner su alma en las manos de Dios, para que Él la encontrara siempre sin resistencia, respetuosa, atenta y adoradora. Dejaba hacer en ella la obra que Dios quería, sin contradecir jamás esa obra, sin pedir nunca otra cosa, bendiciendo a Dios en la luz y en la prueba, en el éxito y en la aflicción.

Recordad esto, hermanas mías, y lo digo a las que están empezando y a las que, estando más avanzadas, necesitan comprenderlo mejor: éste es el verdadero sentido de las palabras de nuestro Señor: *Yo soy la vid y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quitará; y todo sarmiento que da fruto, lo podará para que dé más fruto.*

Ahora, hermanas mías, os preguntaréis cuál es el modo de saber que estamos verdaderamente plantadas en el Señor, que habitamos en Él y que Él habita en nosotras, pues no siempre por la dulzura, por el consuelo, por la certeza interior podemos estar seguras de ello. Podemos tener iluminación, dulzura, respuestas consoladoras en nuestro interior y, sin embargo, no estar muy avanzadas. Por el contrario, podemos tener respuestas de dolor, sacrificio y, finalmente, la cruz, y aún así estar muy avanzadas en nuestra unión con Dios. Nuestro Señor tuvo cuidado de enseñarnos esto. Inmediatamente después añade *Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he dirigido. Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí*⁴.

Así pues, es a la palabra de nuestro Señor a la que debemos volver para saber si permanecemos en Jesucristo, si somos como debemos ser para dar fruto y para que surtan efecto sus maravillosas promesas.

La palabra de nuestro Señor es el Santo Evangelio: ahí es donde debemos mirarnos, tengamos o no consuelo. ¿Cuál es nuestra posición respecto a las diversas enseñanzas de nuestro Señor en el Evangelio? Tomemos la más notable: *Aprended de mí que soy manso*

⁴ Jn 15, 3-4

y humilde de corazón⁵. ¿Se nos han quedado grabadas estas palabras? ¿Hemos aprendido esta gran lección de mansedumbre y humildad? *Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz cada día y sígame*⁶, y todas las demás palabras que se encuentran en el santo Evangelio. Ahora tomad lo que, para nosotras, es la aplicación del santo Evangelio, la Regla; porque la Regla, en lo que a nosotras se refiere, es lo que debemos hacer para observar el santo Evangelio. Como veis, es fácil saber hasta qué punto permanecemos en Jesucristo. Es fácil trabajar siempre, en todo momento, en la oscuridad como en la luz, en la prueba como en la consolación, para dar fruto y permanecer en Jesucristo.

Entonces, como dijo nuestro Señor Jesucristo a sus apóstoles, es su palabra la que purifica. Es esta palabra la que es acogida, esta enseñanza la que es creída por la fe, amada por el amor, porque el amor debe seguir a la fe. Es esta enseñanza en la que ponemos toda nuestra confianza, es la esperanza. Es esta enseñanza la que se practica, y éstas son todas las virtudes.

Se suele decir: «¡Cuánto deseo estar en Jesucristo! ¡Cuánto deseo que él esté en mí! ¡Cómo quisiera, en mi oración, ser un sarmiento injertado en la vid para recibir su savia! Pero esta savia son las virtudes evangélicas, así que tenemos que examinarnos y decir: «¿Dónde estoy en relación con tal o cual palabra del Evangelio? ¿Dónde está mi mansedumbre, mi humildad, mi pobreza, mi fe, mi esperanza, mi confianza». Nuestro Señor siempre vuelve a la confianza: *Si confías, dice, serás curado. Confía, yo he vencido al mundo*⁷».

Una vez dichas estas cosas, que os pondrán en camino para profundizar este pensamiento en la meditación, os recuerdo que, en la Tercera Orden de la Asunción, es norma leer de rodillas todos los días un capítulo del Evangelio. No está en nuestra Regla, porque teniendo muchas observancias, no se ha querido multiplicarlas; pero cuando podáis, y lo podéis en la adoración, leed de rodillas un capítulo o parte de un capítulo del Evangelio, para recibir esta palabra con el respeto que merece, para escuchar al Maestro que habla. Si estáis ante el Santísimo Sacramento, que esta palabra venga de Él, y que la hagáis fructificar en la adoración y en la oración.

Termino con esto. Es grande practicar el Evangelio, porque es la perfección. Es una gran cosa cumplir todas sus reglas, pues eso es la perfección. ¿Cómo podemos hacerlo? A través de la oración. Debemos pedir siempre a Dios lo que le debemos. Sin cesar, a través de las oraciones que dirigimos a la Santísima Virgen y a los santos, pidamos estas virtudes, esta fe, esta esperanza, este amor, esta mansedumbre, esta humildad, esta renuncia, este espíritu evangélico.

Cuando hayáis encontrado en el Evangelio la luz que buscáis, si por un lado tenéis que decir a Dios: «Dios mío, quiero practicar estas virtudes, quiero reformarme, salir de mí misma, corregirme», debéis añadir: «Pero Señor, te necesito, haz en mí esta maravilla, ¡que este milagro venga de ti! Porque sin ti no puedo hacer nada».

A veces buscamos lo que podemos hacer en la adoración. Pues bien, creo que vuestra adoración estaría muy bien aprovechada si pidierais al Señor, que está presente, la gracia, la fuerza, la posibilidad de practicar las virtudes que os pide. Muchas almas en este momento necesitan fuerza y valor. Como no debemos ser egoístas, lo que pidas para ti, pídelo para los demás.

Pedid para los religiosos, que van a ser sacudidos por la tormenta revolucionaria, la fuerza de permanecer siempre en la verdadera viña, de ser fieles a su vocación y de mostrar al mundo el espectáculo de las virtudes evangélicas. Rogad al Señor que no

⁵ Mt 11,29

⁶ Mt 16,24

⁷ Jn 16, 33

abandone a su Iglesia, y lo haréis fácilmente con la ayuda de las palabras del santo Evangelio.

Así, poco a poco, estas palabras entrarán en vosotras, permanecerán y darán fruto. Esto es lo que debemos pedir al Señor, no sólo en la oración, sino a lo largo del día, cuando podemos elevar nuestra alma a Dios.

nm

NM